



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. V - Nº 51 Julio de 2022



*Fortaleza y bondad
al servicio de la Fe*

Hombre de la diestra de Dios

San Olaf II tuvo una larga y accidentada existencia, como la de otros Santos, fundadores de la Edad Media. Fue uno de esos hombres de la diestra de Dios, a quien la Providencia hace merced de una fuerza especial para realizar obras de carácter extraordinario.

Este santo rey de Noruega se volvió el defensor de la independencia nacional, movido no por un patriotismo común, sino por desear la libertad de su país para la gloria de la Iglesia, haciendo todo lo posible para que su nación fuese profundamente católica, aspirando a los bienes temporales como medio para la gloria de Dios y victoria de los intereses de la Santa Iglesia Católica.

Si como debemos esperar, Noruega vuelve algún día al gremio de la Iglesia Católica, las tradiciones, el ejemplo, las oraciones y la sangre de San Olaf tendrán, ciertamente, una relación muy grande con esa conversión.

(Extraído de conferencia del 29/07/1965)

Sumario

Vol. V - No. 51 Julio de 2022



En la portada,
Dr. Plinio en
agosto de 1982.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Humildad y cobardía*

PIEDAD PLINIANA

5 *Oración contra el individualismo*

DOÑA LUCILIA

6 *Equilibrio por excelencia*

DENUNCIA PROFÉTICA

9 *El hombre-hormiga*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

12 *Elegancia, distinción,
levedad y superioridad*

DR. PLINIO COMENTA...

19 *En la encrucijada entre la
cordialidad y la combatividad*

SANTORAL

26 *Santos de Julio*

HAGIOGRAFÍA

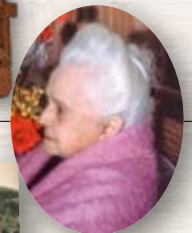
28 *Un Papa que expulsó a los
herejes del seno de la Iglesia*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

31 *Sacralidad, renuncia y
fuerza de impacto*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Un río de humildad en el Paraíso del nuevo Adán*



Humildad y cobardía

Ante la sombría situación actual, en que las fuerzas del mal se agrupan y preparan para asestar contra la Iglesia de Dios el golpe que pretenden que sea decisivo, es oportuno recordar ciertos principios de la doctrina moral católica que hacen referencia a la virtud de la humildad y al vicio de la cobardía.

De hecho, la situación presente exige de los católicos espíritu de lucha, iniciativa ágil y coraje inflexible para parar no sólo los golpes del ejército de las tinieblas, sino para descargar una ofensiva sin tregua que le arroje vencido por tierra.

Entonces se objetará: ¿No es contra la virtud de la humildad? La humildad, fundamento de todas las virtudes cristianas, ¿no exigirá de nosotros un pacifismo à outrance, una perfecta impasibilidad ante los ataques del enemigo, una rendición completa, inclusive antes del inicio del combate? ¿No se debe inclinar la cabeza hacia un lado, dulce y cariñosamente, y, con una sonrisa devota, esperar bofetadas? Tal comportamiento nada tendría que ver con la humildad auténtica y no sería más que estupidez y cobardía. Desgraciadamente, hay católicos que piensan así. Pero ese modo de pensar es una deturpación del verdadero espíritu de la Iglesia.

Toda la conducta de la Iglesia y de los Santos es un desmentido de esa pasividad falsamente virtuosa, desde los Papas convocando oficialmente las Cruzadas, hasta San Vicente de Paúl armando, a costa de sus penitentes, una escuadra para bombardear a los turcos de Argelia. Lamentablemente, tales episodios viriles son omitidos en las hagiografías corrientes que nos presentan los Santos como cántaros de miel. Esto es, lo repetimos, una deturpación.

Recordemos la solemne advertencia de Jesucristo a sus Apóstolos y, a través de ellos, a todos los fieles: “No penséis que vine a traer paz a la Tierra; no vine a traer la paz, sino la espada” (Mt 10, 34). Es verdad que Él también dijo: “Si alguien te hiere en tu mejilla derecha, preséntale también la izquierda” (cf. Lc 6, 29), pero Jesucristo, abofeteado por el siervo del Pontífice, no le presento la otra mejilla. Las palabras de Jesús contienen, pues, una enseñanza de paciencia y de perdón, pero no deben ser tomadas al pie de la letra, aunque algunos santos lo hayan hecho por humildad.

Para establecer correctamente el sentido de la humildad delante de la cobardía y de la valentía, recurramos al Doctor Universal, al ínclito Santo Tomás de Aquino. Con él aprenderemos que todas las virtudes están unidas y forman una armonía entre sí, no pudiendo existir unas sin las otras.

Según Santo Tomás, la virtud que completa a la humildad es la magnanimidad. En el hombre existen cualidades que son un don de Dios y defectos que provienen de la flaqueza de la naturaleza. Cuando el hombre magnánimo se cree digno de grandes cosas, es por la consideración de los dones que recibió de Dios. La magnanimidad lo lleva a tender a los actos más perfectos de virtud. Lo mismo se puede decir del uso de los otros dones, como la ciencia y la fortuna. La humildad, sin embargo, hace que el hombre se crea de poca valía, por causa de la consideración de sus propios defectos. De la misma manera, la magnanimidad lleva a despreciar a los otros en la medida en que no corresponden y menosprecian los dones divinos, pero la humildad lleva a honrar a los otros y a estimar a los superiores, porque les hace ver en ellos algo de los dones de Dios. De donde se deduce que la magnanimidad y la humildad no son contrarias, aunque parezcan tender hacia cosas opuestas.¹

Por tanto, sin la magnanimidad, la humildad pasa a ser pusilanimidad y hasta cobardía, ya que la magnanimidad pertenece a la virtud cardinal de la Fortaleza, que se ejerce principalmente en los períodos de guerra.²

Por fin, recordemos lo que dice Santo Tomás, citando a San Juan Crisóstomo, al tratar de la venganza.³: *Es loable sufrir con paciencia las injurias que nos hacen, pero es sumamente impío perdonar las injurias hechas a Dios.*⁴

1) Cf. II-II, q 129, a. 3, ad. 4.

2) Cf. II-II, q. 133, a. 2.

3) Cf. II-II, q. 108, a. 1 ad 2.

4) Cf. *O Legionário* n° 753, 12/1/1947



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Oración contra el individualismo

Oh Señora y Madre mía, por esta súplica deseo obtener de vuestra maternal e insondable misericordia las gracias necesarias para corregir un defecto que tanto lamento tener

Considerando cómo el individualismo es una actitud de alma opuesta a las adorables enseñanzas y ejemplos de vuestro Divino Hijo, y cuánto se opone a vuestras sublimes virtudes; ponderando que ese defecto ya estuvo gravemente presente en la primera Revolución detonada en los altos páramos celestiales, al grito diabólico de “*Non serviam*”; teniendo en vista que es profundamente opuesto a la doctrina y al espíritu de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, única Iglesia verdadera, y, por el contrario, característico de la doctrina y del espíritu de tantas herejías y movimientos revolucionarios; os suplico, Señora y Madre, desde lo más profundo del alma – por los méritos de la Sangre infinitamente preciosa vertida por vuestro Divino Hijo en su Pasión y Muerte para rescatar al género humano, y por los merecimientos insondables de las lágrimas corredentoras que vertisteis al pie de la Cruz, en lo alto del Gólgota –, que me alcancéis la fuerza necesaria para odiar con toda el alma el individualismo, el cual constituye el pináculo desgobernado del amor a sí mismo, llevando al hombre a estimar exagerada y locamente sus propias cualidades y a cerrar orgullosamente los ojos a sus carencias.

En esas condiciones, la persona se deja dominar por la ilusión de bastarse a sí misma y no necesitar de Dios ni de Vos para combatir victoriosamente el extravío de su inteligencia, voluntad y sensibilidad, y para llevar a cabo la lucha contra los adversarios de la Iglesia y de la Civilización Cristiana. Por ese defecto, el hombre aborrece la convivencia con sus semejantes e incluso de sus hermanos de vocación, siempre que éste no se destine a cantarle continuamente las falsas glorias, y se siente disminuido, humillado e incluso combatido cuando alguien le apunta faltas y le da santos consejos para su conversión y enmienda.

Tened piedad, Madre de Misericordia, de este vuestro pobre hijo en cuya alma se instaló tan gran y repugnante miseria, y clavad profundamente en su alma la enseñanza del Divino Redentor: “¡Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis paz en vuestras almas!” Dadme esa paz, humildad y mansedumbre que caracterizaron a los verdaderos combatientes en los siglos de Fe: los cruzados y la sublime guerrera que fue la virginal mártir Santa Juana de Arco.

Así sea.

(Compuesta el 25/9/1991)



La Virgen con el Niño
Londres, Reino Unido



Equilibrio por excelencia

Comentando una de las últimas fotografías de Doña Lucilia, a pedido de sus jóvenes discípulos, el Dr. Plinio analiza un trazo significativo y fundamental de la personalidad de su madre: el equilibrio.

La mezcla de seriedad, gravedad, bondad y hasta suavidad que se expresan en su fisonomía son cualidades que existen en ella de un modo tan excelente, y se combinan para formar un todo tan agradable de ver en su conjunto, que uno queda con el deseo de mirar indefinidamente.

Diferencia profunda entre Doña Lucilia...

Ahí se combinan algunas cualidades difíciles de enlazar, porque hay algo de antitético. No de contradictorio, aunque podría parecer a primera vista. Algo que, por otro lado, el espíritu moderno rechaza profundamente, y por esa misma razón también agrada a nuestros espíritus profundamente. Vemos en ella una especie de correctivo para el espíritu moderno; hay algo de equilibrado, de tal manera que no se sabría decir qué podría ser más grande en ella.

Esa fisonomía es la del equilibrio por excelencia. No hay – por la gracia de Dios, porque esas no son cualidades meramente humanas – nin-

gún riesgo de que salga una palabra desequilibrada delante de un hecho que la choque mucho.

Digamos, por ejemplo, algo que a cualquier madre le chocaría hasta el extremo: imaginen que, estando ella en una sala de su casa, entrase una persona y le dijese:

– Doña Lucilia, el Dr. Plinio acaba de ser asesinado aquí en la sala del lado.

Sería un choque inmenso, ella sería capaz de morir. Y que el individuo agregase:

– Yo fui quien lo mató.

Ella podría tener cualquier reacción, menos la de insultar al asesino.

¿Cuál sería su reacción? Podría quedar algún tiempo desmayada, llorar con un llanto muy prolongado y dolorido, e incluso gemir alto.

– ¡Ay, mi hijo!

Podría decirle al hombre:

– Pero, ¿Ud. por qué hizo eso con mi hijo?

Y como las madres tienen la tendencia a engañarse con sus hijos, ella además podría decirle:

– Él era tan bueno. ¿Por qué lo mató?

...y muchas madres contagiadas de la mentalidad moderna

No obstante, decirle a él: “¡Bella-co! ¡Bandido! ¡Salga de aquí!”, eso no le saldría. No habría posibilidad de que cogiese un objeto y se lo tirase; la reacción sería equilibrada.

Pero digamos que el asesino quisiese, tomando una actitud desequilibrada de facineroso, acercarse a ella para agradecerla y consolarla. Ella lo evitaría, profundamente desagradada y afirmaríala:

– ¡No me toque!

Infelizmente hay muchas madres, contagiadas de la mentalidad moderna, que actuarían con desequilibrio en esa ocasión. Una primera actitud desequilibrada podría ser la de sentir poco la muerte del hijo.

– ¿Lo mataron? ¿Y dónde está su cuerpo? Hay que avisarle a la policía. Arreglemos esto, entonces vistamos el cadáver...

Por ahí iría la cuestión. Podría suceder – si fuese una señora con una forma de ser más tradicional, pero dentro del desequilibrio moderno – que cogiera un objeto y se lo lanzara a ese sujeto. Infelizmente, no es-

taría excluida la hipótesis de que dijese una mala palabra.

Doña Lucilia podría decirle al individuo:

– ¡Salga ya de mi casa! No la contamine con su presencia. Yo me las arreglo con el peor dolor de mi vida. ¡Salga!

No obstante, si el asesino dijese contrito:

– Señora, yo no soy digno de estar en su casa, pero tenga en cuen-

ta que tuve una madre que me quiso mucho como Ud. amó a su hijo, y tenga compasión de mí.

Ella era capaz de no llamar a la policía. Si alguien quisiese hacerlo no se opondría, pero podría no llamarla.

Al cabo de un año, digamos, después de ese episodio, mi madre todavía estaría “sangrando” por lo que había sucedido ese día. Y al contar el hecho y referirse al asesino, podría

decir “infeliz” o “miserable”. Pero ella no lo llamaría de bellaco, monstruo, etc. Había un equilibrio, un límite para cada cosa.

Pérdida del patrimonio debido a la omisión de un pariente

Por otro lado, en ella se nota un fondo de tristeza. Pero no es una tristeza que arranque expresiones de re-





beldía ni de inconformidad con los causantes de esa tristeza. Ella está viendo hacia el pasado, midiendo una vez más lo que fue hecho, y está llorando en el interior de su alma. Pero en el fondo, tiene la calma de una persona que almorzó y está descansando un poco después de comer. ¡Es el equilibrio! El equilibrio en el bien, en la verdad, en el deber, pero siempre el equilibrio. Este era el trazado continuo de la vida de Doña Lucilia: en todo y por todo, en todos los aspectos de su vida, pasara lo que pasara, su actitud era de equilibrio.

A mi madre le sucedió el siguiente hecho: durante un viaje que mi padre tuvo que hacer a Pernambuco, él le aconsejó, y ella aceptó dar un poder a un pariente suyo para que se encargase de sus bienes. Ese pariente, entre otras “maravillas”, hizo lo siguiente: tenía que renovar el seguro del edificio contra incendios, pero dejó que se agotase el plazo y, resultado, al día siguiente del vencimiento del seguro el edificio se incendió y ella perdió su patrimonio.

¿No es verdad que Uds. conocen señoras que tendrían una actitud de desequilibrio en ese caso? Comenzando por darle un consejo al pariente: “¡No aparezca por aquí!” Y podía ser en términos mucho más fuertes que esos...

Doña Lucilia, en la misma noche del día en que eso sucedió, mientras digería la pésima noticia, él aparece y la saluda. Ella le dijo buenas noches, con calma, con normalidad, lo hizo entrar y le pidió:

– Fulano, explíqueme un poco cómo fue eso, porque no entendí bien.

Él dio la explicación y ella después me contó:

– Pobre de ese pariente nuestro, pasó por un gran disgusto.

Otra persona diría:

– ¿Qué me importa su disgusto? Fue un relajado. Si hay algo que un hombre que tiene un poder no puede hacer, es dejar pasar el plazo de vigencia de un seguro contra incendio. Él es gravemente responsable por eso, y ahora debe poner de su dinero para resarcir el mal que me causó.

Pero la respuesta de mi madre sería:

– ¡Oh!, pobrecito, él tiene muchos hijos. Nosotros podemos vivir bien sin eso. No destruimos su vida.

Sufrir en la Tierra para llegar al Cielo

Es un equilibrio con bondad, donde entra mucho el corazón, no un equilibrio metálico, que no lleva la bondad a dominar la justicia. Si ese apoderado hubiese perjudicado a

terceros en beneficio de ella, ella le habría exigido a ese hombre que le restituyese a la persona perjudicada centavo por centavo, inclusive con los intereses debidos. Sin duda alguna.

Así yo podría contar cien episodios, si hubiese tiempo y si no se tratase de personas a las cuales alguien que tome conocimiento de esos hechos pueda llegar a identificar, pues no quiero estar difamando a nadie. Tengo la certeza de que, en el Cielo, donde se encuentra mi madre, está aprobando mi conducta.

En esta fotografía se ve que es una señora que llegó a una edad extrema. Tenía noventa y dos años, una edad en la cual fallecen los que mueren tarde. Fue una persona que no ejerció ninguna profesión. No obstante, se percibe que carga consigo un gran cansancio. ¿Cansancio de qué? En parte de lo que podríamos llamar el cansancio del equilibrio.



El Dr. Plinio en 1994

Archivo Revista

Cansa estar procurando el equilibrio en todo, y cumpliendo la justicia en todo. Llevar una vida enteramente dentro de los Mandamientos es prepararse para el Cielo, pero todavía no es el Cielo. Por el contrario, es sufrir en la Tierra para llegar hasta allá.

Ahí vemos el cansancio extremo de innumerables dolores, de incontables deberes cumplidos, de situaciones difíciles enfrentadas y vencidas sin la más mínima pretensión. Nadie, viéndola, diría lo siguiente: “Esa señora se considera un coloso”. Para nada, eso ni siquiera pasa por su mente. ¿Por qué? Equilibrio. ❖

(Extraído de conferencia del 12/1/1994).



El hombre-hormiga

El homúnculo lucha contra todas las formas de lucha. Libra una batalla cediendo, huyendo, capitulando, dejándose aplastar. A esta familia de almas pertenecen los incondicionales del ecumenismo. Temiendo las disputas entre religiones, quieren fusionarlas todas en una pan-religión. Cuanta más igualdad mejor, para allá van sus anhelos pacifistas, rumbo al comunismo o al anarquismo.

Conozco el caso de un antiguo terrateniente de São Paulo, señor de grandes cafetales y de una enorme mansión: superficie de dos pisos, puerta en el centro y ventanas de corredera iguales, a lo largo de toda la fachada. Al exterior ningún adorno. El granjero, según el estilo tradicional, también era abogado y político.

La ruina de un laborioso terrateniente

Familia unida, títulos de propiedad seguros, tierra fértil, casa estable, colonos sumisos, vecinos pacíficos, nada le faltaba para la tranquilidad de este laborioso agricultor. Pero un adversario inesperado atacó en el núcleo de ese feudo tan sólido. En el núcleo,

quiero decir, porque entró repentinamente dentro de la propia casa. Y más sorprendente aún, este adversario vino de abajo hacia arriba.

¿Un solo enemigo? Más exactamente miles, tal vez millones. Pequeños, conquistando el terreno milímetro a milímetro, en silencio, inadvertidos, dominando el subsuelo, mientras que encima, en la casa, el pro-



Hacienda de café en el Valle del Paraíba - Museo Paulista



José Rosae/Hélio Nobre/Museu Paulista da USP. (CC3.0)



Cosecha de café - Museo Paulista

pietario y su familia trabajaban, comían, bebían, dormían y se divertían.

Un buen día, algunos irrumpieron en la despensa. El granjero los mató y ordenó una investigación. Y se dio cuenta que eran ya muy numerosos, al punto de ser ineficaz cualquier resistencia. Las hormigas – porque eran ellas – habían construido por todo el sótano un laberinto tan grande que sería inútil destruirlo.

Para resumir la historia, el granjero se mudó, su casa fue abandonada, la plantación de café comenzó a ser invadida. Este granjero, que pensaba que no temía a cualquier potentado, fue arruinado por esta miríada de pequeños adversarios, oscuros y silenciosos.

Los vastos y oscuros sótanos de la mediocridad

Me acordé de esto cuando comencé a escribir el presente artículo. Porque el tema sobre el que quería escribir era el triunfo de los homúnculos en la sociedad moderna. Por homúnculos entiendo aquí a los hombres de espíritu pequeño, que encajan, cada

uno enteramente, en uno de los mil alvéolos de la vida cotidiana, los que quieren una vida hecha de la banalidad cotidiana, para los cuales el ayer fue incoloro, inodoro e insípido, tal como es el hoy y tal como será el mañana. El oxígeno que respiran es la banalidad, y el placer de las cosas está esencialmente en la repetición.

Para homúnculos así la molestia viene de todo lo que es grande, venerable por su antigüedad o magnífico por el futuro que abre; en definitiva, todo lo que salga de las dimensiones cotidianas: holocausto, valentía, genio, delicadeza, excelencia, desgracias trágicas, y tantas otras cosas. Es necesario acabar con todo esto, con todos los que son así,



Insects Unlocked (CC3.0)

o que reflejan algo de esto en su espíritu, en sus maneras, en su lenguaje, en su modo de ser o en su conducta.

Los incalculables cambios ocurridos en nuestro siglo, en casi todos los ámbitos de la vida, corresponden a victorias de los homúnculos, pues estos siempre disminuyen algo o a alguien. La sociedad humana se va aficionando cada vez más al gusto de las almas-hormiga. La consecuencia es que las almas grandes se sienten en este mundo minado a su alrededor, como el granjero de mi historia. Aquellos que hoy aspiran a cualquier forma de grandeza, principalmente la de la virtud, o se disfrazan o se precipitan inmediatamente sobre ellos las hormigas, salidas de los vastos y oscuros sótanos de la mediocridad. Y son expulsados a las regiones de la incompreensión, de la indiferencia y del aislamiento, donde la mediocridad obliga a vivir a aquellos que no encajan en sus patrones.

Los incondicionales del ecumenismo

Veo en este gigantesco fenómeno socio-patológico, en esta insurrección universal de homúnculos contra quienes los superan, una de las causas del entreguismo de Occidente. El homúnculo, el hombre-hormiga, odia sobre todo la lucha. Ésta implica grandes esfuerzos, que sólo entusiasman a las grandes almas, atraídas por el brillo de grandes desgracias. El hombre-hormiga lucha, por lo tanto, contra todas las formas de lucha. Batalla singular que se traba cediendo, huyendo – hacia abajo, bien entendido – capitulando, hasta dejándose aplastar, si no hay otra solución.

A esta familia de almas pertenecen los incondicionales del ecumenismo. Temiendo la irrupción de disputas entre religiones, el hombre-hormiga quiere fusionarlas todas en una pan-religión, más o menos atea. Para el hombre-hormiga todas las creen-

cias y descreencias deben confundirse en la misma cloaca del ecumenismo.

Por la misma razón, el hombre-hormiga está dispuesto a entregar barato su patria, como lo hace con sus creencias. Al enemigo, prefiere no verle. Si está obligado a verle, lo imagina en vías de conversión, “desestalinizado”¹, con rostro humano, transformado en pacato y ambiguo socialismo.

Si el enemigo penetra en los sectores políticos del país, él le sonríe y lo nombra “innovador” y “en la onda”. Si se infiltra en los medios católicos, lo califica análogamente como “progresista”. Cuando el enemigo crece tanto que se vuelve amenazador, el hombre-hormiga proclama el peligro como irreversible, e intenta, como término medio, una estrategia de “convergencia”, inspirada en el lema que se “vayan los anillos y queden los dedos”. Y finalmente, si el enemigo, después de tomar los anillos, exige los dedos, el

hombre-hormiga susurra que se “vayan los dedos y quede la vida”.

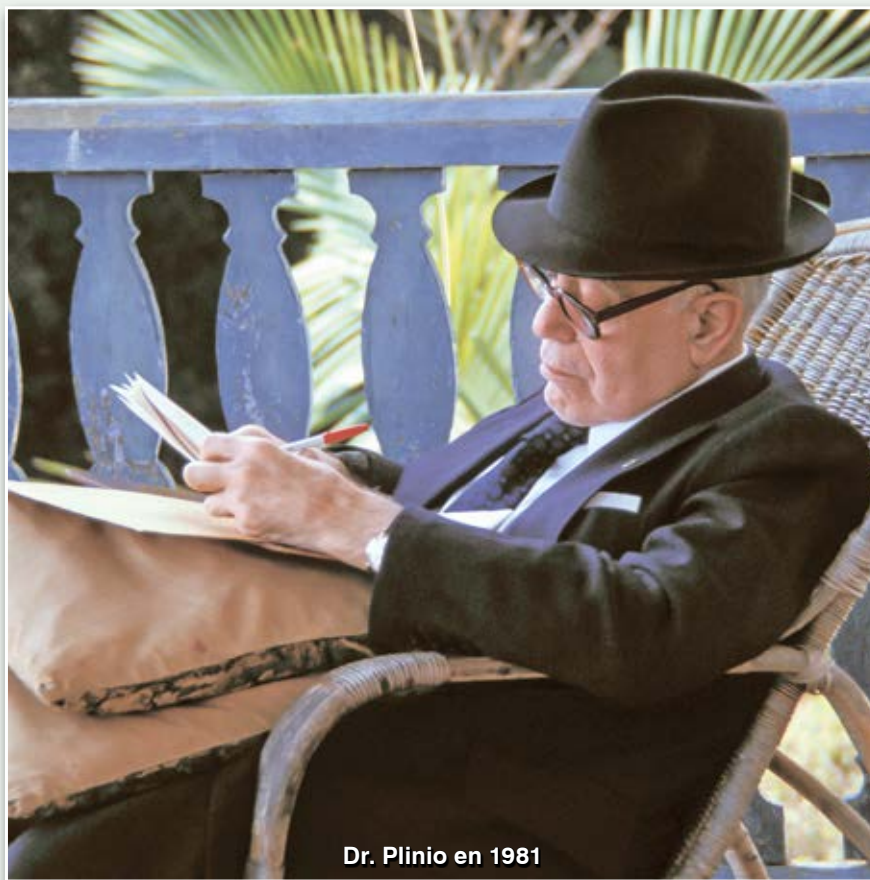
Pero todas esas concesiones, el hombre-hormiga sólo las hace a la izquierda. Toda su acción silenciosa e inexorable de infiltración, corrosión, erosión, la hace en la derecha y en el centro, donde suele instalarse. Y ahí entonces no cede, no huye, no converge, él mina.

¿Por qué? Odiando todo lo que es elevado, noble y armónicamente desigual, para el hombre-hormiga, cuanta más igualdad mejor. Hacia una igualdad totalmente rasa, totalmente plana, van sus anhelos pacifistas. Rumbo al comunismo o al anarquismo.

Vivimos en una época de revolución. Es trivial decirlo. Sí, de la revolución de los hombres-hormiga contra todo lo que tenga alguna grandeza... ♦

(Transcrito de La Folha de São Paulo, 7/11/1981)

1) Sin los excesos de Stalin.



Dr. Plinio en 1981

Elegancia, distinción, levedad y superioridad

María Antonieta, Reina de Francia, surgió como una estrella de la mañana, que en plena noche centellea y va llenando de vida, esplendor y alegría todos los ambientes. Era tan delicada, fina y hermosa, que su presencia comunicaba belleza a la corte. Ella realizó de un modo deslumbrante el papel social de la reina.

Vamos a comentar un trecho del historiador inglés Edmund Burke¹, que considero como uno de los textos más impresionantes escritos sobre María Antonieta, y no sólo sobre ella sino respecto de la situación en general de Europa en el tiempo de la Revolución Francesa.

Ella despunta en el horizonte como una estrella

Hacen ya dieciséis o diecisiete años que vi a la Reina de Francia, en Versailles, cuando era todavía Delfina. Sin duda, nunca había descendido a este mundo – que ella apenas parecía tocar – una visión más deleitable.

La primera nota que ella daba era de delicadeza. En términos diferentes, Burke dice que ella parecía un

ente sobrehumano, insinuando que era más angélico que cualquier otra cosa, cuando afirma que parecía una persona como nunca igual había descendido a este mundo.

Noten cómo en la descripción el autor completa la idea de la delicadeza con la de levedad, al decir que apenas parecía tocar la tierra. Es decir, parecía más volar, como si tuviese alas invisibles, que tocar con los pies. Esa idea de delicadeza extrema él la presenta como siendo realmente deleitable.

La vi precisamente despuntar en el horizonte, adornando y animando la elevada esfera en la cual comenzaba a moverse, centellando como la estrella matutina, llena de vida, esplendor y alegría.

El describe muy bien la misión de una reina que desea desempeñar su





Elisabeth-Louise Vigée-Le Brun (CC3.0)

Ultimo retrato oficial de María Antonieta, pintado en 1788 – Palacio de Versalles, Francia

papel en la sociedad dando de la realidad, en su versión femenina, la visión que se debe tener. Entonces, despunta en el horizonte como una estrella, no aparece como el común de las personas que entran, sino que es tan luminosa, graciosa, elevada, que, al entrar, se tenía la impresión que era un astro que entraba.

En esa ocasión, María Antonieta no era reina todavía. Casada con el príncipe heredero del trono francés y recién llegada de Austria, su tierra natal, estaba comenzando a vivir en Francia. Pues bien, con ese noviciado de tan mínimo contacto con Francia, he aquí que ella realiza de un modo deslumbrante

el papel social de la reina. Los verbos adornar y animar, utilizados por el autor, no fueron puestos al azar, sin reflexión. Adornar significa aumentar la belleza del ambiente en que está. Por tanto, su presencia hacía más bella a la más alta sociedad francesa. La sociedad que exactamente se destacaba de entre todas las cortes de Europa por su belleza, era adornada por la joven princesa austríaca. María Antonieta era tan delicada, tan fina, tan hermosa, que su presencia comunicaba belleza a la corte francesa.

Papel del rey y de la reina

Viene a propósito hacer una consideración muy interesante respecto al papel del verdadero rey. Es propio al rey mandar. ¿Lo es también a la reina? Sí, en ciertos términos. El rey debe ser el más serio y el más vi-

goroso ornato de su reino. Necesita saber adornar, como lo hace el hombre, por la manifestación de la elevación de su espíritu, por sus cualidades morales e intelectuales, por la firmeza de su brazo en la dirección del timón del país, por su estatura aventajada y fuerte que hace ver en él a un varón dispuesto a todos los heroísmos, amoroso de la paz justa, pero también de la guerra justa.

A la reina caben estos atributos, sin embargo y más delicadamente, en su versión femenina. El adorno que la mujer debe traer es de otra naturaleza. Estamos viendo bien el adorno que María Antonieta traía consigo.

Animar es comunicar vida, despertar los espíritus, entusiasmarlos, llevarlos a admirar. Entonces, provocar admiración y entusiasmo es un don que la reina debe proporcionar



Gabriel K.



Luis XIV en traje de coronación – Palacio de Versalles, Francia

a sus súbditos. Cuando se hace admirar, ella se está dando a sus súbditos y, al mismo tiempo, concediéndoles ocasión de practicar ese acto de virtud específico y magnífico que es la admiración.

Admiración que trae animación. En un ambiente donde todos admiran, hay deseos de comentar:

- ¡Qué belleza!
- ¡Qué magnífica!
- ¡Qué delicada!
- Pero, ¡qué noble!
- ¡Qué majestuosa!
- ¡Qué imponente!

Esos y otros comentarios que circulan dan animación al ambiente.

Según esta concepción monárquica, el papel del rey y de la reina, cuando se elevan mucho, es de donación. Los revolucionarios, por el

contrario, quieren ver en el rey que está muy elevado a un orgulloso.

Ahora bien, la idea antigua era que el rey y la reina deben saber hacerse admirar, tener cualidades que puedan mostrar para que sean analizadas. El pueblo francés analizaba intensamente a la reina, pero sus cualidades eran auténticas y por eso ella resistía al examen.

Vida, esplendor y alegría

Hubo un escritor francés que hizo la siguiente comparación entre Luis XIV, el Rey Sol, y Napoleón, el intruso, el ladrón de tronos: Luis XIV sabía discernir, reunir e inspirar a todos los hombres de genio – con genialidad, de gran capacidad intelectual, talentos artísticos, etc. – que encontraba en torno suyo. De mane-

ra que alrededor de él todo floreció. Napoleón, por el contrario, tenía un modo de ser que llevaba a todos los hombres a curvarse delante de él, y delante de esa multitud curvada decía: “Soy yo el que vale.”

El rey auténtico es aquel que se da de manera que todos sean algo y todo crezca en torno suyo. El tirano no; él hace con que todos se rebajen delante de sí, nadie sobresalga a no ser él.

María Antonieta conseguía esa autenticidad haciendo el mismo papel que la *stella matutina* cuando aparece todavía en plena noche. Es decir, sin esa estrella todo sería mucho más apagado, pero con ella centellando, todo se llena de vida, esplendor y alegría.

El esplendor es la fulguración de la luz. Se dice que una luz da fulgor cuando tiene una forma especial y



Napoleón Bonaparte – Galería Nacional de Arte, Washington, Estados Unidos de América

GCI (CC3.0)

más fascinante de brillo. Y, nota final, “llena de alegría”. Sin embargo, ¡qué alegría sería dentro de tanta elegancia, distinción, levedad y superioridad!

¡Cómo era necesario a una persona estar dominándose, ser señora de sí y saber lo que realizaba, a quién y cómo miraba, cómo saludaba, lo que hacía de las manos, de los pies, del tronco, cómo inclinaba la cabeza a la hora de saludar a alguien o de responder a un saludo! Todo esto constituye una especie de ascesis continua contra la cual lucha la pereza humana. El deseo de no prestar atención, de ir haciendo de cualquier forma, en vez de entrar en la sala casi en paso de minueto y recorrer el recinto con todo el esplendor, como una estrella cruza el horizonte, y no con la vulgaridad con que pasa por la calle un banal reflector de automóvil.

Entre hienas y serpientes, ella caminaba con confianza en la Providencia

¡Oh, qué revolución! ¡Y qué corazón necesitaría tener yo para contemplar sin emoción tal ascensión y tal caída!

Entonces, esa figura tan radiante que pasa de aquel extremo de elevación a la posición de una mujer, vestida como otra cualquiera y sentada en un banquillo de un coche sin respaldo, con las manos atadas atrás, un sombrero feo, todo aplastado, ya usado por otras personas, y dejando aparecer los restos del cabello que había sido cortado para no obstruir a la guillotina.

En la víspera de su ejecución, María Antonieta estuvo en su mazmorra, y un peluquero cortó su cabello, a fin de abrir camino a la guillotina. Podemos imaginar lo que significó para ella, que moriría al día siguiente, sentir el frío del acero de la tijera deslizarse sobre su nuca, trazando más o menos el itinerario de la lámina de la guillotina, siendo casi una especie de pequeña decapitación an-

tes de la verdadera ejecución. ¡Una cosa terrible!

Sobre esa Reina posaban siglos de gloria, ligada a la Casa más noble con que su Casa, la de Austria, pudiese casarse, que era la de los Borbones. Reina de Francia, de la nación primogénita de la Iglesia, caminando entre fieras, hienas y serpientes para ser muerta, y caminando con confianza en la Providencia. Dios, permitiendo que ni siquiera esto le fuese ahorrado, le pidió este acto de Fe, de confianza. Y María Antonieta tuvo que confiar en que Dios tenía los ojos puestos sobre ella, la amaba y la guiaba hasta el lugar de la extrema inmolación.

Mirar hacia Dios, que había permitido que un peso tal cayese sobre ella, con tanta confianza y continuar el itinerario hacia la muerte, era a su modo, a mi entender, una forma de martirio.

No es una forma vergonzosa. Es comprensible que ella haya sentido esto como que una vergüenza. Pero si ella miró hacia Dios en lo más alto de su gloria y pensó en lo que dijo Nuestro Señor: no cae un pelo de nuestra cabeza y ni un pajarito de un árbol sin que Dios lo sepa, era imposible que esto sucediese con la Reina de Francia sin que el Creador tomara conocimiento. Dios conoce todo.

Podemos imaginar la placidez de la Reina y el acto de confianza

que ella debe haber hecho en Él en ese momento: “Dios mío, todo me está sucediendo. ¡Vos permitís contra mí todo, pero yo confío en Vos!” ¡Cómo esto debe haber centelleado en el Cielo, más de lo que ella resplandecía cuando entraba en la sala de bailes de Versalles!

La era de la Caballería había pasado

No podía siquiera soñar cuando inspiraba no sólo la veneración, sino también un amor entusiasmado, distante y lleno de respeto, que alguna vez se vería obligada a llevar, escondido en su seno, el doloroso antídoto contra el oprobio.

Vemos cómo el autor habla una vez más de cómo el pueblo recibía esa distribución de belleza, de dignidad dadas con efusión. Era la ge-



María Antonieta camino a la guillotina – Museo de la Revolución Francesa, Vizille, Francia



Divulgação (CC3.0)



La familia real en 1782 – Palacio de Versalles, Francia

nerosidad suya que distribuía a todos la ocasión de conocerla y de alabar a Dios por haber creado una tal obra prima, exaltaban la Civilización Cristiana por haber modelado, a través de la corte de Austria y de la educación de María Teresa, esa perfección, alababan a Francia por haber llevado esa excelencia a este paroxismo difícil de imaginar. Se ve con qué entusiasmo ella llevaba a cabo la tarea de reina.

No podía imaginar que viviría para ver tales desgracias abatirse sobre ella en una nación de hombres valientes, en una nación de hombres honorables y caballeros.

Supuse que diez mil espadas habían saltado fuera de sus vainas solo para vengar una mirada que la amenazase de un insulto.

Así que si alguien hubiera fijado en ella una mirada que sólo la amenazara con un insulto – no es, pues, lanzar un insulto –, se habrían desenvainado diez mil espadas para acabar con ese desgraciado. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado y el lucero del alba se había convertido en el símbolo del dolor.

Pero la era de la caballería había pasado.

El entibiamiento ya había comenzado a convertir a todos los hombres en viles ganadores de dinero, preocupados sólo por comer, beber, tener casas confortables donde recrearse, gastar mucho en placeres inmorales. La

era de la caballería había pasado. Entonces, porque la Edad Media acababa de morir, esa infamia se realizaba.

La sucedió la de los sofistas, economistas y calculadores; y la gloria de Europa estaba extinta para siempre.

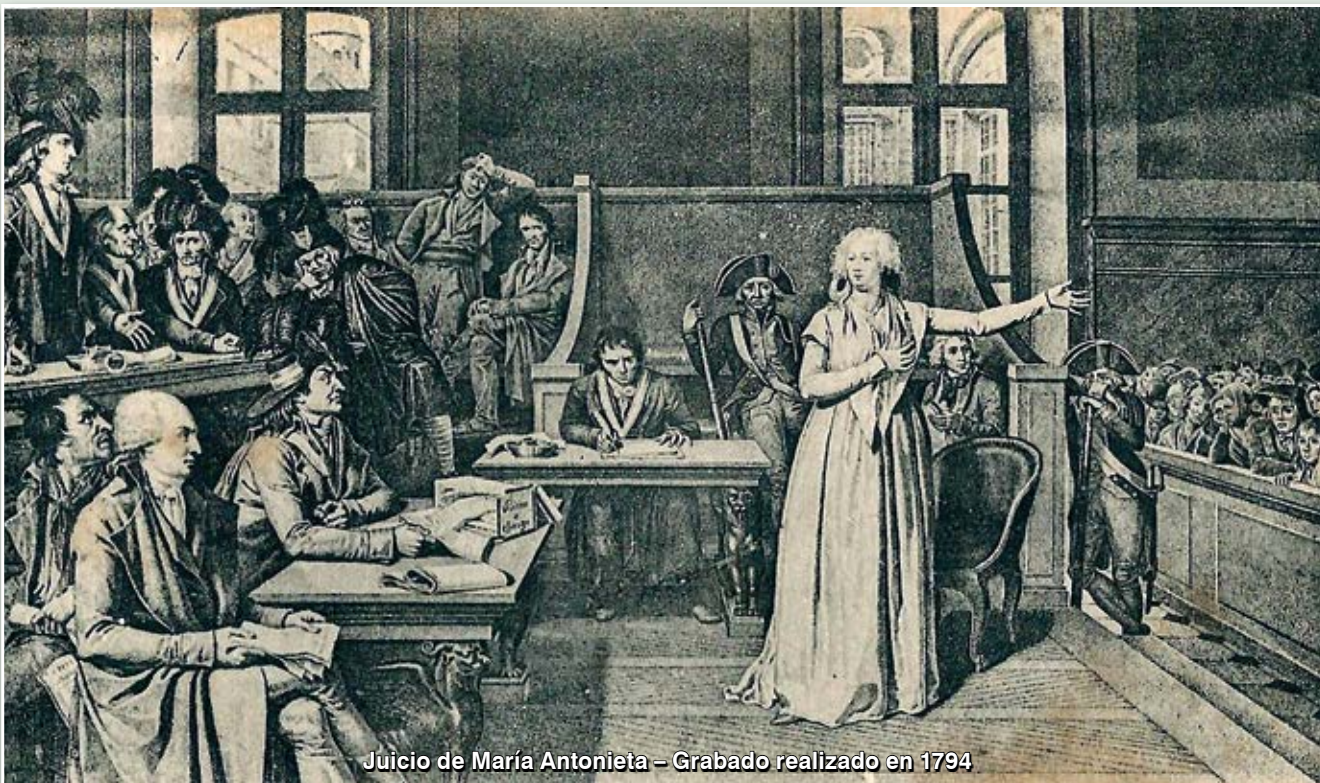
Aunque con mucho talento y tintas conservadoras, Burke era protestante y no tenía una visión católica de las cosas. Si tuviera esta visión, guardaría en lo más profundo de su alma una esperanza, una determinación: “Si muero, le estaré pidiendo a Dios que haga morir la Revolución y que la Contrarrevolución venza”.

Si vence la Contrarrevolución, la gloria de Europa no se extinguirá, sino que renacerá con mayor esplendor, como probablemente fue el caso de Lázaro. Si venciera la Revolución y no la aplastara la Contrarrevolución, estaríamos rodando hasta el fin del mundo más ignominioso; en ese caso sí, la gloria de Europa se habría extinguido. Pero el día en que Europa ya no tuviese más gloria, el día en que, sobre todo, la Santa Iglesia Católica haya dejado de hacer resplandecer su gloria, ¿seguirá mereciendo existir el mundo? La Santa



María Antonieta dejando la Conciergerie en dirección al lugar de su ejecución el 16 de octubre de 1793 – Museo Carnavalet, París, Francia

Georges Cain (CC3.0)



Juicio de María Antonieta – Grabado realizado en 1794

Iglesia no puede morir. Antes de que ella muera, Dios matará al mundo.

Nada se compara con la gloria del Bautismo

Nunca, nunca más contemplaremos esa generosa lealtad con la categoría del sexo frágil...

Véase su énfasis: “Nunca, nunca más...” Es un protestante sin nuestras esperanzas. Él no sería capaz de creer en la promesa de Nuestra Señora de Fátima: “¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!”, por la sencilla razón de que, siendo protestante, la creencia que tiene no le daría la fuerza suficiente para el acto de Fe.

Burke se refiere en este trecho a la “generosa lealtad con la categoría – es decir, la respetabilidad, la distinción – del sexo frágil”. Hoy, con esa maldita manía de no discriminar nada – es decir, todo se iguala, se nivela, se confunde, se arroja al desorden y al caos –, el sexo frágil no podría estar reducido a menos de lo que está. Con el permiso de hacer junto

a un hombre el papel de esposa de otro hombre, el sexo femenino quedó reducido a no sé qué...

...esa ufana sumisión...

Es una idea linda: ¡Una sumisión llena de ufanía! Esta es la sumisión que tenemos los católicos a la infalibilidad papal. No es posible llevar el sentido de la obediencia más allá de someterse a la infalibilidad papal. Pero esto, que es un acto de obediencia, es nuestra honra.

Tomen al rey más glorioso y poderoso del mundo, imaginen a María Antonieta en el apogeo de su gloria, esto no es nada comparado con la gloria del Bautismo, por el cual nos convertimos en hijos de Dios, de la Santa Iglesia y templos del Divino Espíritu Santo.

...esa obediencia dignificada, esa subordinación del corazón, que mantuvo vivo, incluso en la misma servidumbre, el espíritu de una libertad enaltecida.

La servidumbre misma – no creo que él aluda a la esclavitud, sino que se refiere a la sumisión que los plebeyos prestaban a los nobles y éstos al rey – tenía el sentido de una li-

bertad enaltecida, y no de una libertad reprimida por cadenas de humillación y encarcelamiento. Esta es la idea que se tenía en el Antiguo Régimen², por tradición medieval que se remonta a la Santa Iglesia, del sentido de la obediencia y de la disciplina.

“Hago un llamamiento a todas las madres de Francia”

Concluyo estos comentarios con un episodio, que es otro aspecto de la tortura sufrida por María Antonieta.

Luis XVI tuvo dos hijos de María Antonieta: un niño, que sería el futuro heredero al trono, y una niña. Este hijo y esta hija fueron transportados por la turba revolucionaria de Versalles a París, y encarcelados con el Rey, la Reina y una hermana del Rey, la Princesa Isabel, en la Torre del Templo.

Una noche aparecieron unos revolucionarios diciendo que tenían órdenes de llevarse al hijo de María Antonieta. El niño dormía. Ella se opuso entrando en lucha contra ellos, que eran hombres muy fuertes.



Milky (CC3.0)



Ejecución de María Antonieta – Museo de la Revolución Francesa, Vizille, Francia

Todos salieron de la sala, por supuesto, sin mirarla. ¿Qué habrá pensado ella en esos momentos? Nadie sabe. Tiempo después, la sentencia fue ejecutada. ♦

(Extraído de conferencia del 19/8/1994)

- 1) BURKE, Edmund. Reflections on the Revolution in France, in Two Classics of the French Revolution. New York: Anchor Books-Doubleday. 1989, p. 89.
- 2) Del francés: Antiguo Régimen. Sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII, extinguida en 1789, con la Revolución Francesa.

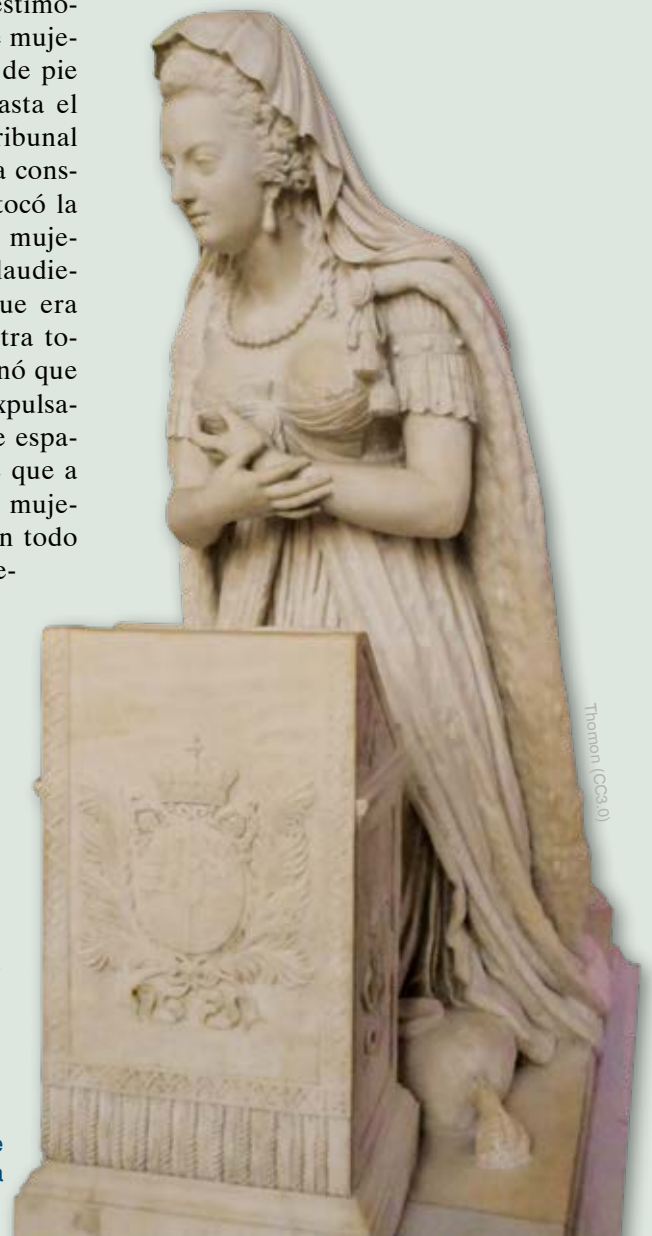
Imaginen a esta delicada princesa luchando contra esos chacales... Naturalmente, no pudo vencerlos, la inmovilizaron y se llevaron al niño, en medio de las lágrimas de la pobre madre.

El príncipe fue llevado a otra habitación de la Torre del Templo, y María Antonieta quería saber de él – como madre, era más que comprensible – cómo estaba de salud, si se alimentaba bien, y ellos no le daban respuesta. El más elemental sentimiento de compasión llevaría a responder. Si él no estuviese bien, podría haber una tentación de mentir y decir que estaba bien, para aquietar ese corazón materno.

Ella no volvió a ver a su hijo, y cuando el rey fue muerto, se hizo un proceso contra María Antonieta, quien también fue sentenciada a muerte. A lo largo de este proceso le hicieron las peores acusaciones. Durante un juicio inicuo, trajeron al príncipe, a quien habían emborrachado, y lo indujeron a declarar contra su propia madre, acusándola de haberle hecho una lascivia. María Antonieta tuvo entonces este gesto sublime. Se levantó y dijo: “Hago un llamamiento a todas las madres de Francia para que

digán aquí si creen en este testimonio”. La sala estaba llena de mujeres, todas ellas se pusieron de pie y aplaudieron a la Reina hasta el delirio. El presidente del tribunal – para llamar tribunal a esta conspiración de delinquentes – tocó la campana para obligar a las mujeres a callar, pero ellas aplaudieron con más entusiasmo, que era una forma de protestar contra todo eso. Él se indignó y ordenó que todas las mujeres fueran expulsadas del auditorio a punta de espada, porque se dio cuenta de que a partir de ese momento las mujeres allí presentes aplaudirían todo lo que dijera María Antonieta, desmintiendo la tesis de que era el pueblo quien había hecho la Revolución.

María Antonieta volvió a su lugar como acusada, y al cabo de un rato el presidente del tribunal dio por terminado el debate y dijo: “Ahora los jueces dictarán sentencia sobre esta rea”. María Antonieta, en silencio, escuchaba a cada uno pronunciar la sentencia. Fue condenada a muerte por unanimidad de votos.



Thomson (CC3.0)



Jerarquía Angélica – Iglesia de San Miguel y de todos los Ángeles, Somerton, Inglaterra

En la encrucijada entre la cordialidad y la combatividad

En su primerísima infancia, el Dr. Plinio tenía el alma en extremo delicada, afectiva y amiga de la paz. En cierto momento, se le planteó una alternativa: o su delicadeza es completaba con una gran combatividad, o no defendería aquello que le entusiasmaba. ¿Sería capaz de sacrificar sus afectividades primaverales?

El punto de partida del asunto a ser tratado es el siguiente: ¿Se debe tener fortaleza o bondad con las personas, y a qué reglas de la Moral se relacionan? La Moral indica las circunstancias y las situaciones en las que ora la fortaleza, ora la bondad son necesarias y se imponen como imperativo moral.

Si todos recurriésemos al Espíritu Santo, el pecado de Revolución pesaría mucho menos sobre las personas

Esas reglas son universales, no varían. Pero hay otro conjunto de circunstancias que pesan mucho en la fijación

de la conducta y se relacionan al modo en el que la Providencia quiere dirigir las almas. A unas, la Providencia, por un misterioso y especial destino, quiere hacerles el bien por medio de la bondad, y a otras, siendo exigente con ellas. Debemos tener el discernimiento necesario para darnos cuenta cuando es el caso de una cosa o de la otra



En el mundo contemporáneo, los espíritus son movidos por el principio de que toda desigualdad es una injusticia y corresponde a un trato de una cierta crueldad y dureza de alma, porque la desigualdad hace sufrir a quien es inferior. Ahora bien, hacer sufrir es una falta de clemencia, de bondad; por lo tanto, se debe ser favorable a la igualdad, porque es el orden de las cosas en el que nadie sufre los pesares de la desigualdad. Por causa de esto, metafísicamente hablando, la igualdad es un bien y la desigualdad es un mal.

Hay muchas personas que tienen una noción confusa de esto y no son capaces de formular este error como lo estoy diciendo, pues la idea no está explícita, y la persona nunca consiguió o no quiso expresarlo en palabras, pero lo tiene en la cabeza. Sin embargo, quien piensa así es inducido a tomar una posición igualitaria delante de las cosas y entra en el caudal de la Revolución.

Si esas personas hubiesen visto esto claramente, ¿habrían resistido a la Revolución? ¿Serían contrarrevolucionarias? En este caso, ¿No se po-

dría decir que la gracia no las ayudó y ellas cayeron en el pozo de la Revolución sin la ayuda del Espíritu Santo y, por lo tanto, sin culpa? Es una pregunta odiosa, pero que puede surgir

La respuesta sólo puede ser negativa. El Espíritu Santo ayuda a todos los que recurren a Él, esta es una promesa de Nuestro Señor; luego, esa cantidad enorme de personas no llegó a ver bien porque no quiso, no se esmeró, no le dio importancia al problema, tuvo deseos de ceder a la opinión de los otros, pues, de lo contrario, habría visto. Por ese motivo, el pecado de Revolución pesa muy fuertemente sobre un número colosal de personas.

Ahora bien, ¿cómo se explica que se nos acerque un joven, a veces muy joven, y le decimos estas verdades y él las acepta de buen grado, contento? Y lo más curioso es que antes de tomar contacto con nosotros no lo aceptaría. Más aún, adhiere tanto que prácticamente acaba dedicando toda su vida a la defensa de esos principios. ¿Qué sucedió para que tan pocos piensen así, y tantos otros no?

Una gracia especial, a la medida de la correspondencia

Debemos, pues, concluir que, pensando así, recibimos una gracia especial, a la cual en alguna medida correspondemos, y que nos lleva a hacer un acto de fe, de coraje y una renuncia muy grande que la Providencia nos pide. Por causa de esto, Ella también quiere tratar nuestras almas de un modo especial.

Entonces, para las personas que tanto luchan contra el espíritu revolucionario, y por tanto, aguantan un peso muy grande, es comprensible que les sea reservada una bondad igualmente grande y especial.

Sin embargo, aquellos que se colocan como enemigos de la Iglesia y de la Civilización Cristiana, están en la posición opuesta. Son almas endurecidas, que no tienen ninguna reverencia, son capaces de todos los ultrajes y de todas las indecencias. Son personas que deben ser tratadas del modo opuesto. Por lo tanto, mientras debemos hacer todo lo posible para ser padre y madre de unos, debemos ser leones con los otros. Es natural.



Si estoy tratando con una persona que me considera como a un padre, debo tratarlo como a un hijo. Pero si alguien está buscando cualquier ocasión para ridiculizarme, y no sólo a mi persona, sino también burlarse de la fe, de la Doctrina Católica, de la Iglesia, perseguir a Nuestro Señor Jesucristo, tengo la obligación de mostrarle a ese individuo y a terceros cuál es la fuerza de alma que puede dar la fe. De donde el principio que adoptamos: debemos ser corderos para los de dentro y leones para los de fuera.

La fuerza simbolizada por el león es majestuosa y proviene de la grandeza. Efectivamente, de la grandeza en cuanto mostrándose en su superioridad emana una cierta fuerza inherente a la majestad y que aplasta, derriba, contunde al adversario, lo que el león de nuestro estandarte expresa muy bien en la dignidad de aquel gesto de coraje magnífico.

El primer estandarte de la TFP

Por otra parte, cabe aquí un paréntesis para contar el origen de ese león y de ese estandarte. En Villa Formosa, barrio de la zona este de São Paulo, había un convento de dominicas que eran muy amigas nuestras. A veces, íbamos allí los dominicos. Había una madre que era francófona – no me acuerdo bien si era francesa, canadiense o belga, pero hablaba francés – y tenía mucha habilidad para dibujar. En esa época, éramos seis o siete los restantes del Grupo del Legionario, pero teniendo la convicción de que nuestro grupo un día crecería y necesitaría un símbolo, pensé: “Voy a buscar un emblema mientras el Grupo es pequeño, porque cuando sea grande ya no tendré tiempo”. Entonces les consulté a los demás. Ellos concordaron, y fuimos a pedirle a esa madre que dibujara un león con las características que le indicáramos. Lo di-



bujó, y me gustó bastante porque la madre captó muy bien el movimiento de las patas del león. Le dijimos, entonces, que lo mandaríamos bordar. Ella misma bordó nuestro primer estandarte.

Con el paso del tiempo, fui indicando cambios teniendo en vista hacer nuestro león *elancé*¹ de manera que le confiriese ese aspecto de fuerza majestuosa que faltaba en el original.

Observen cómo está bien firme sobre sus patas traseras en una actitud erguida, con la cabeza alta, mirando de frente, como quien no teme la mirada de nadie. Ese león da a entender que su fuerza no es la de un aventurero, de un bravucón, sino la de quien tiene el derecho de mandar.

En el fondo de la idea de majestad está el derecho y la superioridad intrínseca que confiere cierta fuerza

propia a quien siente que tiene la razón. En todo esto, la noción de bien se encuentra muy remarcada.

Tácticas para todas las circunstancias

Consideremos otro animal, también muy fuerte, el cual, sin embargo, no da la impresión de tener el derecho de mandar: el tigre. Tiene el “derecho” de ser admirado – hay tigres bonitos – pero no posee el derecho de ser obedecido. Si alguien afirmara que el tigre es el rey de la selva, no diría la verdad. Porque no es por su naturaleza un dominador. Capta las situaciones y da un salto cuando se presenta la oportunidad. Es, por lo tanto, un explorador de oportunidades, un aventurero que sabe aprovechar la ocasión, no es un goberna-



dor. Y, como tiene fuerza, se impone, pero no con la fuerza del derecho y sí con la del músculo.

El tigre es un “*grand seigneur*” que impone admiración y miedo, pero no obediencia. La agilidad del tigre está, antes de todo, en la percepción. Tiene noticia de los peligros y de los movimientos de la presa. Y la agilidad de la sorpresa.

En efecto, una de las más elevadas formas de agilidad es saber sorprender.

Así, la Providencia le dio a cada animal su proceso de defensa y ataque especial. Vean cómo los animalitos muy pequeños tienen facilidad de huir. La desproporción de fuerza entre el tigre y el hombre es mucho menor que la que existe entre el hombre y una mosca. Pero la mosca huye. Para el hombre, coger a una mosca, ¡qué trabajo!

Hay animales pequeños que encuentran en la propia pequeñez su defensa. Una pulga: es tan pequeña que difícilmente la vemos. De repen-

te salta, pero no sabemos dónde cayó. Son las defensas de los pequeñitos.

La serpiente, por ejemplo, se arrastra por el suelo, y, como nadie mira con atención hacia el suelo, tiene más condiciones de cogerlos por sorpre-

sa, más aún cuando se esconde en medio de las hierbas y pasa un hombre. Es una de las reinas de la agilidad. Pero si falla en el ataque está liquidada.

En los animales hay una especie de equilibrio que la Providencia dis-





puso entre la capacidad de atacar y la de defenderse, que es colosal. A su modo, no se equivocan, sus instintos se desarrollan correctamente y siempre actúan de acuerdo con la ley inherente a su naturaleza, aunque no estén dotados de inteligencia.

Quien se equivoca somos nosotros. De manera que, de un general, de un abogado, se puede decir que adoptó una táctica equivocada. No se puede decir lo mismo de un león, de un tigre ni de una pulga. Es aquella misma táctica la que sirve para todas las criaturas.

El poder limitado del ser humano

Eso es debido a que fuimos concebidos en pecado original y ellos no. El resultado es que en nosotros existe el error. Para nosotros es una lección y una humillación tremenda. Por ejemplo, sólo el pensar en la dificultad de capturar una pulga... Según el lugar donde se esconda, no hay insecticida que la alcance. Es decir, quedamos pequeños en comparación con una pulga.

Pero lo mismo sucede con ciertas bellezas de la naturaleza. ¡Qué deseos tenemos de coger una mariposa azul y plateada que vuela cerca de nosotros! Sin embargo, se marcha y no tenemos dominio sobre ella.

Para mí, las aves más bellas son las guacamayas y los pavos reales. A veces sucede que estamos admirando al pavo real y cierra la cola. No podemos mandarle que la abra, aunque estemos con deseo de verla. A su vez, la guacamaya es de una belleza maravillosa, una joya. Sus plumas siempre son lindísimas, bellísimas. Pero es el único animal que conozco que tiene un cuerpo bello y la cara horrible, con la carne de la que está formada, y aquella especie de ojeras,

y los ojos imbéciles dentro; un pico bonito hecho para agredir, pero colgando de una cabeza débil sobre un cuello incapaz de la agresión. En el Paraíso, si hubiese guacamayas, tengo la impresión de que no serían así, sino que se asemejarían a pequeñas águilas, volando espléndidamente.

Todo eso nos lleva a considerar lo que perdimos con el pecado original, y cómo es limitado nuestro poder. Sin embargo, nos convida a volvernos amorosamente para Nuestra Señora, con la esperanza de ir al Cielo, porque en el Paraíso Celestial nuestra situación será mucho mejor que la de Adán en el Paraíso Terrestre.

En esta Tierra, es muy difícil que haya criaturas que conjuguen capaci-



ACMSP (PF-05-02-01)



Tarjeta postal de la playa de San Vicente

dades aparentemente opuestas. Por ejemplo, para que un ser majestuoso pueda ser ágil, es fácil que pierda algo de su majestad; como también un ente ágil fácilmente perdería algo de su agilidad al intentar ser majestuoso. No son cualidades contradictorias, pero con facilidad se entrecocan.

Hubo Quien tuviese todas las cualidades en el más alto grado y de la más perfecta armonía: Nuestro Señor Jesucristo; y debajo de Él, Nuestra Señora. Sin embargo, la Providencia tiene un modo peculiar de dirigir cada alma, en vista a la realización de su misión.

En un pequeño hotel de San Vicente

En la primerísima infancia, tenía el alma extremadamente delicada, afectiva y, por tanto, en sumo grado amiga de la paz, del orden y de las cosas que van bien y no se chocan entre sí. Las peleas me causaban un verda-

dero horror, como episodios que no deberían suceder.

Me acuerdo que mi madre me contaba un caso sucedido en una ocasión en la que ella fue a pasar una temporada en San Vicente con nosotros y se



Plinio con dos años de edad

hospedó en una pensión de un alemán llamado *Herr Kiquer*. Era un establecimiento muy bueno, bien cuidado, cerca del mar, para que mi hermana y yo respiráramos el aire marítimo, que es muy saludable. Pero *Herr Kiquer*, dotado de una serie de cualidades como hotelero, no tenía la virtud de la templanza, especialmente cuando estaba en presencia de una botella y, de vez en cuando, se entregaba a borracheras feroces.

Mi padre estaba en São Paulo, las comunicaciones interurbanas eran muy difíciles en aquel tiempo. Todo era más atrasado que hoy en día, no pudiendo volver a São Paulo a fin de huir del borracho, mi madre quedó sumamente preocupada, esperando que mi padre llegara en breve para decidir qué hacer. Un día, cayó una lluvia horrible y ella me perdió un poco de vista. En cierto momento, comenzó a buscarme por toda la casa y no me encontraba. Naturalmente su aflicción aumentó mucho y ella, al encontrarse con *Herr Kiquer*, le preguntó dónde estaba yo, pero él dio una respuesta pastosa, ambigua. Entonces Doña Lucilia fue hasta la terraza, enfrente de la casa, y me vio abajo, sentado en el medio del jardín, con la lluvia cayendo a torrentes sobre mí y diciendo:

– Esto es una injusticia, que no merecía.

Yo tenía unos dos años, más o menos, y repetía en voz alta esta frase, sin que nadie me oyese.

Evidentemente, ella fue corriendo, me cogió y me llevó dentro de la casa, colmándome de cariños. Hasta el fin de la vida ella contaba emocionada ese contraste entre mi inocencia y el castigo inmerecido que yo había sufrido.

Tenía una predisposición para mantener las cosas como me

parecía que deberían ser, pero con mucha paz.

No hice ningún insulto contra Kinker, no estaba irritado, protestaba en paz. Pero si es injusto, es injusto.

Destinado por la Providencia a sufrir los más duros embates

En cierto sentido, esas son matrices² que Nuestra Señora puso en mi alma. En otras personas Ella colocará matrices diferentes. Depende de cómo quiera orientar y formar a cada alma.

Esa disposición de mi alma, sin embargo, estaba destinada por la Providencia a sufrir los embates más duros en lo que yo tenía de bueno. En mis sesenta años de vida la Revolución no hizo otra cosa sino contundir todo el tiempo los lados buenos de mi alma.

Como no podría dejar de ser, se planteó en mí una alternativa: “O esa delicadeza se completa con una gran combatividad, o será rechazado, liquidado, porque no supe luchar contra los enemigos de Dios. Todo lo maravilloso, todo lo grandioso que amas, toda la jerarquía que tanto te entusiasma, tuvieron en ti un mal defensor, un admirador vacío y sin valor, digno de



Dr. Plinio en 1991

ser rechazado, porque no fue capaz de sacrificarse. ¡Ahora vamos a ver, sacrificate!” No era un sacrificio cualquiera, sino un holocausto, una vida llena de dolor. “¿Tú, aguantas o no aguantas esa vida toda hecha de dolor? ¡Entonces, adelante!”

Noten, por tanto, que no es una contradicción, sino una antítesis, dos posiciones en extremo contrarias. Me acuerdo, que, viéndome en la contingencia de tener que ser combativo, me

preguntaba qué haría de mis primeras cordialidades, de mis primeras afectividades. ¿Todo eso estaría liquidado? La respuesta para mí mismo fue: “¡No! No renuncio a esto. Consérvalo en el fondo de tu alma para cuando algún día tengas que tratar a personas que lo merezcan. Pero por ahora, ¡si vives en medio de jaguares, aprende a ser jaguar con los jaguares, aprende a luchar! Y por lo tanto ¡Fuerza!”

Más tarde, comprendí que la hora de la bondad había llegado, cuando empecé a darme cuenta de las nuevas generaciones que se me acercaban. Al hacerles alguna reprensión como yo hacía con las personas de mi edad, al contrario de intentar revelarse – para lo que ya estaba armado –, lloraban. Entonces me llevé una sorpresa. ¿¡Qué asunto es este?! Bien, entonces comenzó otra canción...” ❖

(Extraído de conferencia del 15/09/1988)



Shahzabi Damm Cruze (CC3.0)

1) Del francés, esbelto, estilizado.
2) ‘Matrices’, en el sentido de esquemas iniciales en el espíritu, que luego darían en diversos desarrollos.



SANTORAL

1. San Domiciano, abad (†s. V). Primer ermitaño de Arlés, Francia. Fundó en Lyon, junto con San Euquerio, el monasterio de Brevon, de vida contemplativa.

2. San Bernardino Realino, presbítero (†1616). Sacerdote jesuita italiano, director espiritual de presos y enfermos, confesor y eximio predicador.

3. XIV Domingo del Tiempo Ordinario.

Santo Tomás, Apóstol.

San León II, Papa (†683). *Ver página 28.*

Beata María Ana Mogas Fontcuberta, virgen (†1886). Fundadora de la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, en Fuencarral, España.

4. Santa Isabel de Portugal, reina (†1336).

Beata María Crucificada Curcio, virgen (†1957). Deseosa de unir un aspecto misionero a la espiritualidad carmelitana, fundó en Santa Marinella, Italia, la Congregación de Misioneras Carmelitas de Santa Teresa del Niño Jesús.

5. San Antonio María Zaccaria, presbítero (†1539).

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902).

San Paladio, obispo (†432). Enviado a Irlanda por el Papa Celestino I a predicar a los gentiles y combatir la herejía de Pelagio.



San Bernardino Realino

Divulgação (CCBY)

7. Beata María Romero Meneses, virgen (†1977). Religiosa salesiana nicaragüense enviada a Costa Rica donde, durante cuarenta y seis años, se dedicó a la formación de los jóvenes.

8. Beato Eugenio III, Papa (†1153). Monje cisterciense y discípulo de San Bernardo, después de haber gobernado el Monasterio de los Santos Vicente y Anastasio, fue elegido Papa.

9. Santa Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, virgen (†1942).

Santa Verónica Giuliani, abadesa (†1727). A los 17 años ingresó como monja capuchina en el monasterio

de Città di Castello, Italia. Recibió los estigmas de la Pasión del Señor.

10. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Agustín Zhao Rong, presbítero y compañeros, mártires (†1648-1930).

San Canuto IV, mártir (†1086). Rey de Dinamarca, que difundió el culto divino, promovió el estado clerical y favoreció la construcción de numerosos monasterios e iglesias. Murió asesinado por súbditos rebeldes.

11. San Benito, abad (†547).

San Quetilo, presbítero (†c. 1150). Religioso agustino, promovió la evangelización y trabajó para apaciguar los ánimos en las disputas dinásticas en Viborg, Dinamarca.

12. San Juan Gualberto, abad (†1073). Por el amor de Cristo, perdonó al asesino de su hermano. Fundó la Orden de Vallombrosa, cerca de Fiesole, Italia.

13. San Enrique, Emperador (†1024).

Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos, presbítero (†1926). Sacerdote diocesano fallecido en Angostura, Colombia, se dedicó totalmente a la oración, el estudio y la educación cristiana de los niños.

14. San Camilo de Lélis, presbítero (†1614).

Beato Ghebre Miguel, presbítero y mártir (†1855). Monje monofisita de Etiopía, se convirtió e ingresó en la Congregación de la Misión. Por ello, fue sometido a tortura durante trece meses, al final de los cuales murió de hambre y sed.

15. San Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia (†1274).

San Pedro Nguyen Ba Tuan, presbítero y mártir (†1838). Encarcelado por su lealtad a Cristo en la época del emperador Minh Mang, murió de hambre en la prisión de Nam Dinh, Vietnam.



Relicario de Santa Verónica Giuliani

Félicy Lourenço

16. Virgen del Carmen.

Beata Amada de Jesús Gordon, virgen y compañeras mártires (+1794). Asesinadas en la guillotina durante la Revolución Francesa, en la ciudad de Orange.

17. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

Bienaventurado Ignacio de Acedo y 39 compañeros mártires, jesuitas (+1570). Su barco rumbo a Brasil para realizar misiones, fue asaltado en medio del océano por piratas que los asesinaron con espadas y lanzas, por odio a la fe.

San León IV, Papa (+855). Apologista del Primado de Pedro.

18. San Bruno, obispo (+1123). Luchando por la renovación de la Iglesia, fue obligado a renunciar a su diócesis de Segni y refugiarse en Monte Cassino.

19. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Bernoldo, obispo (+1054). Construyó muchas iglesias en Utrech, Holanda. Introdujo en los monasterios de esa región la regla de Cluny.

20. San Apolinario, obispo y mártir (+c. s. II). Primer obispo de Ravena, Italia, donde fue martirizado.

San Vulmaro, presbítero (+700).

21. San Lorenzo de Brindisi, presbítero y doctor de la Iglesia (+1619).

Beato Gabriel Pergaud, presbítero y mártir (+1794). Canónigo Regular de la Abadía de Beaulieu. Durante la Revolución Francesa fue condenado a una galera ubicada en Rochefort y allí murió.

22. Santa María Magdalena.

San Atanasio, monje (+1662). Discípulo de San Máximo el Confesor que, junto a él y otro compañero, también de nombre Atanasio, pero Legado Papal, sufrieron la cárcel y tormentos. San Atanasio monje, vol-



Saiko (CC3.0)

San Juan Gualberto

vió a su monasterio en el Cáucaso, actual Georgia, donde murió.

23. Santa Brígida, religiosa (+1737).

24. San Charbel Makhlouf, presbítero maronita, libanés (+1898). Religioso de vida ascética.

San Balduino, Abad (+1140). Discípulo de San Bernardo de Claraval. Fundó en Rieti, Italia, el convento de San Mateo.

25. Santiago el Mayor, Apóstol.

26. XVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Joaquín y Santa Ana, progenitores de la Inmaculada Virgen María.

27. San Pantaleón de Bitinia, mártir. (+c. 305). Ejerció la medicina en Nicomedia, actual Turquía, sin recibir ninguna recompensa por su trabajo. En el Real Monasterio de la Encarnación, en Madrid, se conserva una reliquia de su sangre, que se hace líquida en la víspera de su fiesta.

28. San Sansón, abad y obispo (+c. 565). Difundió el Evangelio y la

disciplina monástica en Bretaña, Francia. Fundó la abadía de Dol.

29. Santa Marta, hermana de Lázaro y María.

San Olaf II, mártir (+ 1030). Rey de Noruega. *Ver página 2.*

Beato Louis Martin, laico (+ 1894). Padre de Santa Teresita del Niño Jesús. Llevó una vida matrimonial ejemplar con su esposa Zelia Martin.

30. San Pedro Crisólogo, obispo y Doctor de la Iglesia (+c. 450).

San Leopoldo Mandic, presbítero (+ 1942). Religioso capuchino que dedicó la mayor parte de su vida a administrar el sacramento de la Confesión, en Padua, Italia.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero (+ 1556).

Beata Sidonia Schelingova, virgen y mártir (+ 1955). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Cruz. Propició la fuga de un sacerdote en Trnava, Eslovaquia, por lo que fue hecha prisionera y murió a consecuencia de sufrimientos en la prisión.



Samuel Riblenda

San Enrique



San León II

Un Papa que expulsó a los herejes del seno de la Iglesia

San León II, refiriéndose a las faltas de su predecesor, Honorio I, declaró que éste, “en lugar de purificar esta Iglesia Apostólica, permitió que la Inmaculada fuera mancillada por una traición profana”. Al canonizar a León II la Esposa de Cristo quiso mostrar que la plenitud y la vivacidad de la fe se oponen a la tolerancia, a la composición y a la inercia en relación a la herejía, tan frecuentes en nuestros días.

Tengo para comentar dos notas sobre dos santos que vivieron a una gran distancia en el tiempo.

San León II, Papa, que aprobó las Actas del VI Concilio Ecuménico para condenar la falta de aquél que, según el decir de dicho santo, “en lu-

gar de purificar esta Iglesia Apostólica, permitió que la Inmaculada fuese maculada por una traición profana”. Siglo VII.

San Irineo, obispo. Dios le dio la gracia de destruir herejías por la verdad de la doctrina. Luchó contra los gnósticos. Siglo II. ¹

Todo lo que es vivaz tiene horror a lo que le es contrario

Cuando oímos hablar de siglos II y VII, tenemos la impresión de que estaban muy cerca el uno del otro, porque se pierden ante nuestra mirada y en el rumbo del tiempo, formando

una sola cosa. Sin embargo, la distancia cronológica que había entre estos dos santos es más o menos la que separa al Brasil del tiempo de su descubrimiento y el de hoy. Entonces, se entiende cómo estos dos santos vivieron distantes uno del otro.

Ahora bien, a pesar de esta distancia, ambos tienen un rasgo común, consignado en esas pequeñas notas: lucharon contra la herejía, expulsaron a los herejes de dentro de la Iglesia y vengaron el honor de la Esposa de Cristo. Porque el hereje dentro de la Iglesia la mancillaba con su presencia. Debido a esto, el honor de la Iglesia exigía esta expulsión, requería que el hereje fuese puesto fuera, porque no puede haber coexistencia pacífica, cohabitación normal entre el bien y el mal, la verdad y el error... No puede existir en ningún lugar; pero, sobre todo, dentro de la Iglesia Católica que es por excelencia la Montaña sagrada de la verdad y del bien, que repele de sí, horrorizada, a quien dentro de Ella toma la defensa del error y del mal.

Alguien podría objetar: "Pero bueno y, después de todo, ¿cuál es el papel de la misericordia dentro de eso?".

La Iglesia tiene mucha misericordia y no expulsa de sí al que recono-

ce que anda mal, golpea su pecho y pide perdón por caminar mal. Pero quien dentro de la Iglesia afirma que el bien es el mal y el mal es el bien, quien lucha para difundir el error, a éste Ella lo expulsa horrorizada.

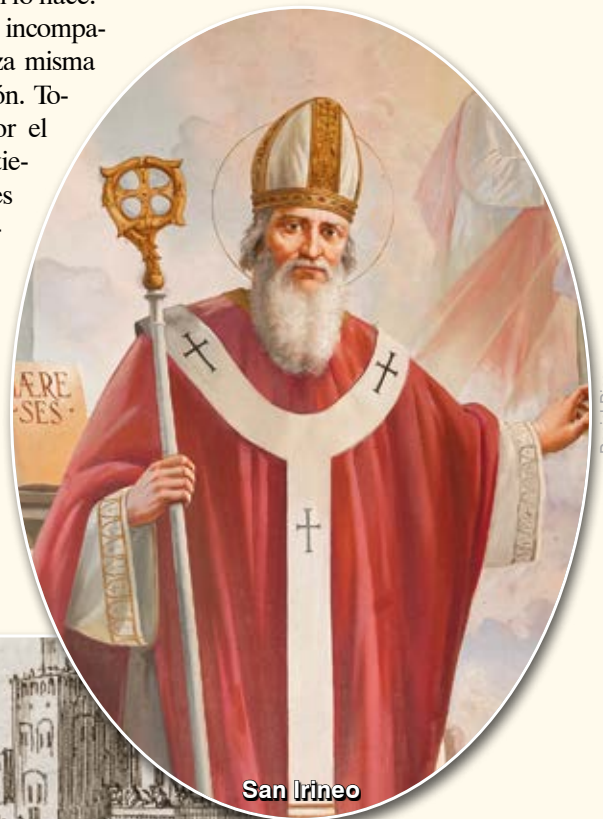
Y esto por dos razones: primero, porque el hereje pierde las almas que están dentro de la Iglesia. Y, en segundo lugar, por una razón más alta de heterogeneidad fundamental: la Santa Iglesia es heterogénea con aquellos que difunden la herejía, y no puede soportar junto a sí a quien lo hace.

En última instancia, esta incompatibilidad está en la naturaleza misma del principio de contradicción. Todo aquello que es vivaz, por el hecho mismo de ser vivaz, tiene un horror a lo que le es contrario y lo repele con toda fuerza y vivacidad. Esto ocurre incluso en el mundo animal. Un animal que está en la fuerza de su edad, cuando se encuentra con un factor contrario, reacciona violentamente. Por ejemplo, un gato. Si una mosca se posa sobre un gato lleno de vitalidad, él espanta al insecto con violen-

cia. Pero si se trata de un gato viejo, la mosca se posa en él, lo molesta, y él hace un gesto con negligencia y con un mínimo esfuerzo. Porque en la medida en que el ser posee vivacidad, tiene horror a aquello que le es opuesto.

Nosotros debemos representar la intransigencia de la fe dentro de la Iglesia

Así la Iglesia, cuya vida es eterna, perenne, sobrenatural, tiene el horror



San Irineo

Daniel Dias

Rijksmuseum (CC3.0)



Martirio de San Irineo



normal y continuo a aquello que le es contrario. Está en su naturaleza expulsar de ella al hereje, el foco del espíritu maligno. Por esto está en su índole expulsar fuera de sí al hereje, al foco del mal espíritu. Y el hecho de que Ella se manifieste indolente, perezosa, poco apresurada en la represión del mal, indica que aquellos de sus representantes o hijos que son así, poseen la fe en un estado de decadencia y de ocaso.

Cuando la fe está en el estado de aurora o en el mediodía, Ella es intransigente. Cuando la fe decae, comienza a envejecer y a marchitarse, entonces surgen los conciliábulos y alianzas

espurias, porque ya no siente esa incompatibilidad fundamental con lo que le es hostil.

Entonces entendemos por qué la liturgia, cuando canta alabanzas a un santo, muestra con insistencia como título de gloria de este santo el hecho de que expulsó de la Iglesia a los impíos. La Iglesia quiere mostrar cómo la plenitud y la vivacidad de la Fe y la virtud es opuesta a esta composición, a esa transigencia que hoy se ve tan a menudo, y que exactamente debe ser considerada como uno de los síntomas más alarmantes existentes dentro de la Iglesia de hoy, es decir, el sentido de tolerancia, de contemporización, de inercia en relación con la herejía.

Por lo tanto, tenemos un ángulo más para considerar nuestro apóstolo: debemos representar en la Iglesia la intransigencia, porque de esta manera representamos la Fe viva, pues sólo lo que está muy vivo no transige. Es, por lo tanto, la vivacidad y la intransigencia de la Fe lo que nos corresponde representar dentro de la Iglesia. Para eso nos llama nuestra vocación. Y debemos reconocer humildemente que este don descende del Cielo y posa sobre nosotros como un favor obtenido por las oraciones de Nuestra Señora, nos viene de fuera, y simplemente nos cabe corresponder a él, y pedir siempre a la Santísima Virgen que nos dé un aumento de este don.

Las circunstancias dentro de las cuales vivimos son muy difíciles y se adhieren a la vida de San León II. La ficha a su respecto afirma que aprobó las Actas del VI Concilio Ecuménico, que condenará la falta de aquel que, según el decir del Papa San León II,



San León II

Artaud de Montor (CC3.0)

Archivo Revista



El Dr. Plinio en 1965

“en vez de purificar esta Iglesia Apostólica, permitió que la Inmaculada fuese mancillada por una traición profana”. Aquel cuyo nombre no está dicho fue el Papa Honorio I.

El Papa San León II dijo esto de su predecesor, pasó por esta tremenda dificultad de haber vivido en el tiempo en que se podía afirmar esto de un Papa, en relación al cual el Concilio adoptó una actitud de condenación.

Si alguien vive en días como éste, estudie la situación y pídale a San León II que le dé toda aquella medida de superior fidelidad a la Iglesia y al Papado que hizo que él, Santo y Papa, se juzgase, no obstante, con el derecho y el deber de usar una frase como esa. ♦

(Extraído de conferencia del 3/7/1965)

1) Nota del Editor: San Irineo, sacerdote y Padre de la Iglesia del S. II, sus escritos son punta de lanza contra la herejía gnóstica. En este extracto nos enfocamos más en los comentarios del Dr. Plinio sobre la figura de San León II.

Sacralidad, renuncia y fuerza de impacto

Pórtico de la
Catedral de
Amiens, Francia



El caballero medieval era fundamentalmente religioso, persuadido de su Fe y de la legitimidad y hasta de la obligación, de usar lo máximo de su fuerza al servicio de la verdadera religión. Imbuido de la licitud de los medios que empleaba, se dio por entero a la causa católica, dispuesto a ir hasta el fin y morir por ella.

Vamos a hacer algunas consideraciones en torno de una estatua que representa un guerrero medieval, ostentando una faja con la palabra “Credo”.

Diálogo de increpación con quien se encuentra delante de él

Es una pieza típica del siglo XIX. En general, las figuras de la Edad Media no tienen nada de teatral. Por ejemplo, las esculturas que ornamentan las catedrales, puestas en nichos, están para ser vistas, pero el artista



Horace Vernet (CC3.0)



Napoleón en la Batalla del Ponte de Arcole Galería Christie's, Londres

tuvo la preocupación de esculpir las como si ignorasen a los espectadores. De manera que no tienen nada de teatral.

El siglo XIX fue el siglo del teatro, como el XX fue el del cine. Porque el arte teatral tuvo una expansión en el siglo XIX fabulosa, con influencia en la vida concreta, en comparación con el siglo posterior.

Yavor Doychinov (CC3.0)



Catedral de Colonia, Alemania



Mariscal Michel Ney durante la Batalla de Hohenlinden Galería de las Batallas, Palacio de Versalles, France

Château de Versailles (CC3.0)

Ese carácter teatral es el lado débil, no sólo del arte, sino de la mentalidad de todo el mundo en el siglo XIX, inclusive de los contrarrevolucionarios.

Así, este guerrero ha sido representado como tomando posición ante otro, como en un diálogo de increpación ante quien se encuentra delante de él.

Por otro lado, el autor representó bien un lado admirable del alma del caballero medieval en cuanto guerrero, de tal manera fundamentalmente religioso que, visto bajo un aspecto, él no es sino religioso y sólo se ocupa de la Religión.

Además, está enteramente persuadido de su Fe y de la legitimidad, y hasta obligación, de usar lo máximo de la fuerza, dentro de las reglas moralmente nobles de la Caballería, al servicio de la verdadera Religión. Está altamente imbuido de la legitimidad de los medios que emplea y se dio por entero a esa causa, dispuesto a ir hasta el fin y morir por ella. Hay, por lo tanto, a mi ver, una idea de sacralidad, de renuncia, de determinación y de fuerza de impacto extraordinaria en este guerrero.

Si lo comparamos con un guerrero del siglo XV, notamos cómo son profundamente diferentes. Sin embargo, el caballero del panache¹ añade algo que faltaba al medieval, aunque haya habido un desfase en puntos fundamentales.

Avanzando los siglos, podríamos confrontar al caballero medieval con un guerrero de Napoleón y encontraríamos diferencias aún más notables, por donde se ve que el coraje no es solo la determinación de enfrentar el fuego y la muerte, sino una deliberación de la persona entera de emprender cualquier cosa en cualquier campo.

Un guerrero de Napoleón fuera de la guerra podría ser mentiroso, ladrón, cobarde. Ney², por ejemplo, no estaba obligado a ser valiente y tener las virtudes militares en la vida civil: bastaba poseerlas en la vida militar. El

medieval no era así. Ese modo como él está representado aquí es el mismo por el cual enfrenta cualquier otro peligro, adversario o deber. La guerra para él es un estilo de vida; para Ney es un estilo de lucha. En la hora del combate, el soldado napoleónico es valiente, pero en la vida civil es un sujeto cualquiera.

Sacral como una torre de catedral

Un aspecto que me agrada especialmente en esa figura del caballero medieval es la suprema sacralidad. Él es sacral como una torre de catedral, de una sacralidad que lleva a las más altas consideraciones del espíritu, mezcladas con mucho buen sentido. No veo ese predicado en los guerreros que vinieron después. En el extremo opuesto de eso estaría Don Quijote, por ejemplo. El medieval no se lanza encima de un molino de viento, no existe ni la menor posibilidad de eso. No obstante, Don Quijote manifiesta cualquier cosa que el medieval posee, pero que no desarrolló. Por ejemplo, en ese caballero de la Edad Media el gusto de la aventura no se encuentra. Está el sentido del deber aceptado por entero, con una determinación de alma completa, hasta admirable, pero no se puede decir que está contento de ser guerrero. No hay aquella alegría específica de la proeza, con la cual la persona toma la espada, la lanza y dice: “¡Por fin!”

Algunos tenían eso; la mayoría, sin embargo, iban para la guerra porque era necesario, pero no se había lle-

gado a destilar aquello que se destiló después, esto es, el gusto de la proeza por la proeza. Sin embargo – aquí está el mal – deberían apreciar la proeza porque ella es un reflejo de Dios, pero a ellos les gustaba la proeza por la proeza por una vanidad, un deporte, y esto es un error. No obstante, hay un gusto metafísico de la proeza que yo encuentro en los héroes de la Reconquista española, pero veo menos en las Órdenes de Caballería.

La proeza en cuanto tal es una linda posición del alma, que alcanza esa belleza para parecerse a Dios su Creador. Los predicadores cuando vieron despuntar el amor de la proeza, deberían haber dicho esto para canalizar ese amor. Este caballero, representado en esta estatua, leyó en un compendio que se debe morir por la Fe y decidió cumplir su deber de modo fabuloso; puede ser un santo, pero no tiene aquel elan³ que corresponde a la alegría de realizar esa proeza por ser buena en sí, porque refleja a Dios.

Nostalgia de la proeza

En esa otra representación, el gusto de la proeza está expresado de modo bien más explícito, porque se nota en ese guerrero montado a caballo una levedad que procede de una alegría interior, simbolizada hasta en el modo como la oriflama tremola al viento, y en la posición de la lanza; todo eso representa la alegría de atacar con todas las fuerzas, exponiéndose al riesgo. Los ornamentos



Batalla de Grunwald, Polonia



Barneto, Vicente, il. (CC3.0)



Don Quijote

del caballo y del caballero tienen por objetivo ennoblecer el estado de proeza en que ese hombre se encuentra. La visera erguida indica el desafío al riesgo.

La iconografía del siglo XIX representó mucho más al caballero en la guerra que los mismos medievales. Es una prueba más de que ellos no habían sabido explicitar toda la belleza de la proeza que poseían. Los héroes que realizaron las proezas no tuvieron tanto la idea del pulchrum de la proeza cuanto el siglo de la burguesía con nostalgias de la proeza, y que supo cantar lo que los otros poseían.

A partir de ese fenómeno se podría afirmar un principio: el siglo que perdió una determinada cualidad y la considera con nostalgia, aunque ya no posea ese predicado, tiene una noción más definida que aquel que lo poseyó. Esa nostalgia no es un elemento de fantasía, sino de definición.

Entonces, hay una post-Edad Media basada en la Historia, pero vista por nosotros de un modo que no estaba enteramente en la conciencia de los medievales.

Sería un error afirmar que ellos no poseían ese espíritu y esas cualidades. Sí, tenían eso, pero los hombres de siglos posteriores supieron expresarlos mejor que ellos, por causa de la nostalgia y del contraste producido por la falta que sentían de esa riqueza.

Esto apunta para un aspecto de la tradición hasta ahora no considerado. Tal vez el alma de la tradición sea ese recuerdo sublimado, con lucidez, que es el mejor legado que una generación confiere a otra. ♦

(Extraído de conferencia del 23/5/1974)

- 1) Del francés, en sentido figurado: gallardía, brío.
- 2) Michel Ney (*1769 – +1815). Comandante francés en las guerras revolucionarias francesas y en las guerras napoleónicas, y uno de los dieciocho Mariscales de Francia instituidos por Napoleón Bonaparte.
- 3) Del francés: impulso.



El Rey Don Pelayo en Covadonga, durante la Reconquista Española – Museo del Prado, Madrid, España

Luis de Madrazo, (CC3.0)



Un río de humildad en el Paraíso del nuevo Adán



San Luis Grignion afirma que, en María Santísima, Paraíso del nuevo Adán, “hay un río de humildad que surge de la tierra, y que, dividiéndose en cuatro brazos, riega todo este lugar encantado: son las cuatro virtudes cardinales”.

Las virtudes cardinales – justicia, templanza, fortaleza y prudencia – son aquellas que regulan todas las acciones del hombre. De esa poética figura podemos deducir que quien es verdaderamente humilde posee las cuatro virtudes cardinales.

Ahora bien, es verdaderamente humilde aquel que, antes y por encima de todo, lo es en relación a Dios. La humildad hacia el Creador consiste en reconocer lo que le debemos a Él, tributándole nuestra elevada y sumisa adoración. Consiste, por lo tanto, en ser amorosos con Dios y filiales paladinos de su causa, que es la misma de la Iglesia Católica, hasta el último extremo de nuestras fuerzas. Por lo tanto, la verdadera humildad dispone el alma del hombre a vivir en un holocausto continuo en relación a Dios, al mismo tiempo en que lo hace, adquirir las cuatro virtudes cardinales. Así era la humildad de Nuestra Señora, Paraíso del nuevo Adán.

(Extraído de conferencia de
05/06/1972)